

Don Miguel Rúa

Sucesor de Don Bosco. Era la síntesis de la obra que debía desarrollar. Trazó su programa con pocas palabras: "Continuaré la obra de Don Bosco, especialmente a favor de los jóvenes pobres y abandonados, y de las misiones". Hasta en su misma manera de hablar no dirá nunca: "Yo les digo, yo les aconsejo", sino "Don Bosco nos enseñaba, Don Bosco quería, Don Bosco decía".

Durante 22 años dio vida todavía a Don Bosco, con su gran corazón, sin falsificaciones ni titubeos. Los oratorios se enriquecieron con gimnasios deportivos y círculos sociales. Las escuelas profesionales tuvieron programas didácticos teórico-prácticos de gran apertura a las exigencias de los tiempos. Al lado de los colegios, quiso internados. Miles y miles de pobres emigrantes a tierras extranjeras vieron llegar a su lado a los hijos de Don Bosco. Los leprosos, en aquel tiempo abandonados, vieron a su lado a decenas de salesianos y de Hijas de María Auxiliadora.

Las obras salesianas pasaron de 64 a 341. Las misiones se triplicaron. Desde el 1890 reanudó las actividades que Don Bosco había realizado con fatiga en los últimos años: viajar por Italia y el extranjero para encontrar y animar a los salesianos, para pedir limosna para las obras salesianas. En el año 1890 don Rúa recorrió España, Francia, Bélgica, Inglaterra. En 1891, Francia y Suiza. En 1894, Alemania, Bélgica y Holanda. En 1895, Palestina. En 1899, Francia, España, Portugal y Argelia. En 1900, Sicilia y Túnez. En 1904, Polonia, Suiza y Bélgica. En 1906, Inglaterra, Francia, Portugal y Malta. En 1908 realizó su último viaje: Austria, Turquía y Egipto. En este viaje, realizado como siempre en los compartimientos más pobres de los trenes, contrajo una infección, que len-

tamente lo llevó a la tumba, y que solamente se manifestó a los primeros meses de 1910.

Tuvo una grandísima fe. "Su figura - escribió M. Mazzei- quedará grabada en muchos ojos como un signo de lo invisible".

Tuvo un gran amor a todos los hijos de Don Bosco. Escribió: "Todos los días, todos los instantes de mi jornada yo los consagro a ustedes. Yo rezo por ustedes, pienso en ustedes, trabajo por ustedes como una madre lo hace por su hijo. Sólo les pido una cosa: háganse todos santos y grandes santos".



Los salesianos decían: «Si alguna vez se perdiera nuestra Regla o nuestros Reglamentos, bastaría observar cómo se porta Don Rúa, para saber qué es lo que debemos hacer». Su exactitud era admirable. Siempre amable y bondadoso, comprensivo con todos y lleno de paciencia, pero exactísimo en el cumplimiento de todos sus deberes.

Su característica fue siempre la pobreza. Pidió mucho, pero no pidió nada para sí, nunca quiso nada. El último lugar, la última sotana, el último pan le bastaron siempre.

Cuando Rúa tenía apenas unos 25 años, un día se enfermó gravemente y mandó llamar a San Juan Bosco para que le impusiera los santos óleos y le llevaran el viático. El santo respondió: «Miguel no se muere ahora, ni aunque lo lances de un quinto piso». Y después explicó por qué decía esto. En sueños había visto que todavía en el año 1906 (40 años después) estaría Miguel Rúa extendiendo la comunidad salesiana por muchos países del mundo. Y a él personalmente le dijo después: «Miguel: cuando seas muy anciano y al llegar a una casa alguien te diga: 'Ay padre, ¿por qué se ha envejecido tan exageradamente?', prepárate porque ya habrá llegado la hora de partir para la eternidad». Y así sucedió. Al principio del año 1910, don Rúa fue a Sicilia a visitar un colegio salesiano y un antiguo discípulo suyo, al verlo le dijo: «Ay padre, ¿por qué se ha envejecido tan exageradamente?». El santo sacerdote palideció y se preparó para bien morir.

El 6 de abril de 1910, después de exclamar: «Salvar el alma, eso es lo más importante», expiró santamente. Había dedicado su vida con todo su corazón a comunicar el amor de Dios según el carisma que recibió de Don Bosco.

El 29 de octubre de 1972 el Papa lo proclamó "Beato". Pablo VI afirmó: «La Familia Salesiana ha tenido en Don Bosco el origen y en Don Rúa la continuidad... Él ha hecho del ejemplo del santo una escuela, de su regla un espíritu, de su santidad un modelo. Ha hecho del manantial un río». También en la gloria del Señor, don Rúa tenía que hacerlo a medias con Don Bosco.

